

V.

LA CITA.

So ferido é llagado de un dardo so perdido.
ARCIPRESTE.

Dos horas y media hacia
que la noche comenzaba
tranquila como un sepulcro,
negra como la borrasca
y en la altura gruesas nubes
el cielo entero entoldaban.
Silencio no interrumpido
reina sobre todo Uruapan,
Las calles están desiertas,
las puertas están cerradas,
y luz ninguna se mira
al través de las ventanas.
Se dijera que la brisa
tambien dormida se halla,
inmóvil se encuentra el plátano
é inmóviles las tzirandas.

natura está reposando,
todo duerme y todo calla.
Solamente en una calle
no muy lejos de la plaza,
acompañadas y sordas
se escuchan unas pisadas.
En la oscuridad envuelto
se mira un bulto que avanza
con precauciones de sobra
segun eran de escusadas.
Ancho sombrero estendia
sobre la frente las alas
y encubrian todo el rostro
pliegues de española capa,
el hombre (sin duda era hombre)
muy poco á poco avanzaba
y antes de apoyar el pié
que con precaucion avanza,
del terreno se asegura
en donde pone la planta;
esto con razon; las calles
mas bien parecen barrancas,
y lo parecen, no solo
porque ya suben, ya bajan,
sino por las quiebras y hoyos
de que bien provistas se hallan.
Al fin llegó el embozado

hasta el frente de una casa
 en donde el paso detuvo,
 quitó del rostro la capa
 y algun tiempo estuvo quieto
 por si algun ruido escuchaba,
 mas ni un raton se movia,
 (son de Shakespeare las palabras,)
 y ya seguro, una seña
 hizo junto una ventana.

Cual movida de un resorte
 ella se abrió sin tardanza
 sin que el ruido se oyera
 ni de llave ni de aldaba.
 Se abrió, pero luz ninguna
 salir dejó á denunciarla,
 quedando siempre la calle
 tan oscura como estaba.
 —Cuánto tardaste.

—No á fé,
 antes bien me he adelantado
 porque las nueve aun no han dado.

—Para mí es tarde, José.
 Esta hora anhelo en vano,
 siempre se tarda en llegar.

—Cuánto te quiero, Pilar!
 Déjame besar tu mano.

—Sí, sosten la fuerza mía,

toda mi vida es amarte,
 y sin verte y sin hablarte
 me paso llorando el dia.

—Pero ya juntos estamos.

—Y en ello mi dicha fundo.

—Dime, ¿se amará en el mundo
 cual nosotros nos amamos?

—Yo no lo sé, pero sí,

José, yo tengo un consuelo,
 que se ha de amar en el cielo
 cual nos amamos aquí.

—Tu voz calma mi ansiedad,
 no sé á tu lado qué siento.....

Oh, Pilar! ¡Si este momento
 durara una eternidad!

Pero oigo ruido.

—No es nada

—Por tí temo.

—Y por tí yo.

—Por mí?

—Sí, bien mio.

—No,
 traigo á mi lado la espada.

¿Y tu madre?

—Está durmiendo.

—Entró?

—No.

—Cuán cruel eres!

Mirarme padecer quieres,
gozas con verme sufriendo.

—Tú sí eres cruel, por Dios,
pues no te conmueve nada:
mirarme tan desgraciada!

Y ¿cuál es mas de los dos?
Mi padre sigue en su empeño;
hoy bien me ha martirizado,
en vano le he revelado
que no soy de mi alma dueño.
Quiere que esposa de Albino
sea.....

—Y tú?.....

—Ya bien lo sabes,
solo tú tienes las llaves
de mi alma y de mi destino.
Sin tú no tengo alegría,
ni vida, ni alma, ni fé.....

Si me olvidaras, José,
creo que me moriría.

—¿Tú dudas de mi cariño?

—No, pues vivo, no he dudado
y mi confianza ha aumentado
el nacimiento del niño.

Yo te he llegado á querer,
mas dudé entonces, y fio
que lo mismo, dueño mio,

en tu alma ha de suceder;
pues he llegado á pensar,
que de un hijo el nacimiento
vale mas que el juramento
en las gradas del altar.

—Calla! secreto tan grave
aun á solas me ha espantado.

—¿Cuánto amarte me ha costado!
eso solo Dios lo sabe.

Pero tal vez corra el velo
de ese secreto, ¡ay de mí!
si solo me salvo así,
todo á mi padre revelo.

—No, Pilar, eso te infama.

—Pues que sea Dios no quiera!

—Por salvarte qué no hiciera?

Por salvar á quien se ama?

—¿Mas si mi padre no cede?

—Cederá pronto, verás.....

—Ahora me ha dicho: "Jamás
ser José tu esposo puede."

—Le dijiste?.....

—Que te amaba
y cifraba mi ventura
en amarte con locura.

—Y él?

—De oirme se indignaba.

—Mas ¡qué causa, por mi mal?.....

—No hizo de ello un misterio.

Mi padre quiere el imperio
mientras tú eres liberal.

—Un solo medio nos resta.

Huyamos.

—¡Ayala!

—Huyamos.

De ese modo nos salvamos.

—Nunca.

—Sé lo que te cuesta;

pero fia en mi cariño

y en la pasión que me anima.

Ven, iremos á Colima

y nos llevamos al niño.

Aquí solo, vida mia,

de tarde en tarde lo ves,

pero á su lado despues

viviremos noche y dia.

Sorprenderás en su cuna

como nace el pensamiento,

y beberás en su aliento

una dicha cual ninguna.

Su sonrisa angelical

verás, de emocion gozando,

y cómo Dios va inspirando

en la alma el amor filial.

A su madre por la risa

aprenderá á conocer,

y amarla dará á entender

con su cándida sonrisa.

—Calla! me matas. Tú ver

me quieres mas deshonrada,

cruel, y mas desgraciada

de lo que hasta hoy pude ser.

Porque una vez débil fuí,

y bien caro me ha costado,

á tu amor que me ha arrastrado

ó al mio mas bien, cedí,

verme arrastrada de nuevo

tras la deshonra, no esperes.

sé cuáles son mis deberes,

sé muy bien lo que me debo.

—¿Y cederás de tu padre

al capricho malhadado?.....

—No, mas si huyo de su lado

se moriría mi madre.

—Piénsalo, Pilar, por Dios:

—Calla, que tu voz me mata.

—Pilar!

—No sigas.

—Ingrata,

escucha un momento.

—Adios.

—Espera.
 —Súplica vana,
 no prolongues mi tormento.
 —Espera un solo momento.
 —Vete, vete..... Hasta mañana.

VI.

LA EMBARCACION.

Por cierto que muchas veces
 Daba unas voces tremendas
 Que alborotaban la casa.

MORATIN.—*El Baron.*

D. Diego.—No es honra la vanidad.

CALDERON DE LA BARCA.—*El astrólogo fingido*

El sol del trópico ardiente
 sus rayos reverberaba
 sobre las linfas del rio,
 sobre la tierra de Uruapan.
 Este calor no se siente
 bajo las zonas templadas,
 y con mayor fuerza aumenta
 al concluir la mañana.
 Al rededor de una mesa
 reunidos á esta hora estaban
 los emigrados, que asilo
 en Ciudad Progreso hallan.
 Sobre unos blancos manteles

se miran sabrosas viandas,
 cuyo olor incita el hambre
 á esas horas nada escasa.
 Frente á una mesa, muy limpio
 un aparador se halla
 con botellones y copas
 cubiertos, platos y tazas,
 todo con orden, y todo
 con simetría y con gracia,
 que la patrona lo entiende
 en la ciencia culinaria.

Es Genoveva, jamona
 que apenas de treinta pasa,
 de color apiñonado,
 de trenzas negras y largas,
 un poco robusta, pero
 fresca como la alborada.

Sabe con sus parroquianos
 ser amable y fina y franca,
 mas su reputacion, nunca
 sufrió la mas leve mancha.
 Por eso los emigrados
 se reunian en su casa
 para comer y seguir
 algunos ratos en frasca.
 Parece que Genoveva
 servia en alguna salsa

el buen humor, segun todos
 lo derrochan y lo gastan,
 y tan agradables ratos
 todos en la fonda pasan.
 Allí don Justo Mendoza
 abre á la alegría el alma,
 su gravedad abandona
 y tambien entra en la charla.
 Gabino Ortiz, el poeta,
 jóven de cabeza cana,
 lee sus sabrosos versos
 entre copas de champaña.
 Tambien Joaquin Villalobos
 recita sus coplas gratas
 y sus mas bellos sonetos,
 ó algun trozo de *La Patria*.
 Perez Jardon, que un periódico
 en miniatura redacta,
 no se niega á la alegría
 y hace su presencia grata.
 Eduardo Ruiz, abogado
 que de recibirse acaba
 y que del tarasco idioma
 sabe explicar las palabras;
 Alvires, que enamorado
 cual Diego Marsilla se halla,
 y Gonzalez de Gonzalez

de corazón y noble alma,
 todos amistad se juran
 y riendo se acompañan.
 Don Florentino Mercado,
 que del foro antorcha clara
 en el *Libro de los Códigos*
 supo á México dar fama,
 procurador general
 de la nación mexicana,
 no se desdenea tampoco
 de estar á la hora citada,
 y con sus dichos agudos
 el festín amenizaba.
 Y su hijo, mas tarde mártir
 en las aras de la patria,
 y su sobrino Manuel,
 que goza de la confianza,
 muy merecida, por cierto,
 del general Berriozábal;
 y Carlos Sheridan, hijo
 de las mexicanas playas,
 y Julian Montiel, el bardo
 que en lira jónica canta;
 y el buen general Ortiz,
 y el licenciado Eugenio Acha,
 cuyo humor, alegre siempre,
 hasta Sileno envidiara,

los Alba y el viejo Tena
 y el capitán Manuel Alas,
 á divertirse acudían
 á la cita acostumbrada.
 Allí Pancho Montesdeoca,
 agradable en sus palabras,
 médico caritativo
 y jóven, también se hallaba.
 Pancho tiene muchas prendas
 á cual mejor entre tantas,
 mas la mejor es su esposa
 Lucía, de frente casta,
 de ojos de luz como soles,
 jóven virtuosa y sin tacha.
 Juan Valle, el poeta ciego,
 jamás á la cita falta,
 y esta reunión tan alegre
La Embarcación se llamaba.
 Allí se olvidaba todo
 lo que no era risa y frasca,
 y á las penas, Genoveva
 prohibido había la entrada.
 Ese día, como nunca
 el buen humor se esplayaba,
 y entre risas y entre juegos
 desaparecían las viandas.
 Y en tanto unos oficiales

de aquesta manera hablaban:

—Soler, ¿qué tienes de nuevo?

—¿De nuevo? Yo no sé nada.

—¿Cómo sigue Ayala?

—Malo, dizque la herida se agrava.

—Al contrario, yo lo he visto y ya ha dejado la cama.

—Cierto, si ayer pasó lista.

—¿Dizque lo dieron de baja?

—Sí, mas se revocó la orden y el capitán sigue de alta.

—Parece que el general, de ambos perdonó la falta.

—Mas si de nuevo se encuentran.....

—No es muy fácil, porque Ayala hoy mismo sale para Ario,

con una seccion que marcha.

—Luego ya está bueno?

—Casi.

—¿Y los franceses avanzan?

—Se dice que sobre Pátzcuaro.

—Pero esa noticia es falsa.

—¿Y Béjar?

—Yo no lo he visto.

—¿Qué hay de Zamora?

—No hay nada,

acabo de recibir noticias de Mendizábal que está en Jiquilpan. Carriedo no se mueve de la plaza.

Siguieron los concurrentes hablando de varias cosas, sobre si Maximiliano aceptaba la corona, ó bien sobre la renuncia que hacia unas cuantas horas el general Berriozábal, que del ejército es honra, hecho habia del gobierno, pero de repente, todas las conversaciones callan, mirando entrar á la fonda á Béjar, y lo rodean, queriendo oír de su boca los pormenores del duelo con curiosidad ansiosa.

—Fué el lance, comenzó Béjar, como saben, á pistola.

Yo confieso que la noche que precedió, fué horrorosa.

Nunca antes de la batalla, ni del asalto á la hora

sentí lo que entonces. Era
 que á la batalla gloriosa
 con la conciencia tranquila
 se marcha, y con fé en la gloria!
 Y no es la muerte temible
 si es el deber quien la arrostra.
 Pero cuando nos hacemos
 juez de nuestra causa propia,
 á la sociedad este hecho
 sus santos derechos roba,
 porque á ella solamente
 juzgar, castigar le toca:
 vamos á hacer de verdugo,
 papel que siempre deshonra,
 y á arrancarle de la mano,
 con necedad injuriosa,
 al Creador, una vida
 que todavía no corta.
 No pude dormir, mi lecho
 eran brasas horrosas,
 y cerrarse mis pupilas
 cansadas, apenas logran,
 cuando fantasmas horribles
 me persiguen y me acosan.
 El peor..... aún me estremezco.
 La peor vision de todas
 fué ver á mi anciana madre

jadeante de congoja,
 la que sobre mi cadáver
 sangriento y horrible llora.
 Me acerqué á ella corriendo
 para calmar su zozobra
 gritándole: "Vivo, madre."
 Se levantó, y con voz ronca
 "Eres asesino entonces,"
 gritó, su mirada torva
 en mí clavó y me maldijo.....
 Desperté..... ya era la aurora,
 ya estaba esperando Ayala
 y marchamos; las pistolas
 nuestros padrinos cargaron
 con una calma espantosa,
 y él tiró, pero erró el tiro,
 é inmóvil quedó cual roca.
 Yo, sin apuntar siquiera
 tendí el brazo, y la pistola
 disparé..... y ¡hecho pedazos
 quedó su brazo! Me ahega
 la vergüenza, y á mi alma
 el remordimiento agobia.....
 Solo el verdugo los miembros
 de sus semejantes corta.
 —Fué Ayala dado de baja,
 pero ahora la órden revocan.

—Yo lo supe antes que nadie.
 Ayer..... cuál fué mi zozobra
 encontrando al General!
 Me detuvo..... ¡qué congoja!
 sentí lo que no sintiera
 si cayera aquí una bomba.
 —Alférez Bejar, me dijo
 con la voz que manda tropa,
 quebrantando la ordenanza
 y nuestras ordenes todas,
 tuvo usted un desafío;
 por esa aventura loca
 su adversario está de baja,
 y de baja con deshonra.
 Usted..... aquí se detuvo:
 yo queria en aquella hora
 que me tragara la tierra.
 Los antecedentes le honran,
 prosiguió, sé su conducta
 porque los gefes la elogian,
 y yo mismo he presenciado
 su valor, por eso ahora
 quiero perdonar su falta.
 Fuera injusticia notoria
 si á Ayala se castigara;
 por lo mismo, se revoca
 la órden, y le debe á usted

si continúa en la tropa.
 Yo me quedé atarantado;
 mis lábios á hablar no logran,
 y digo frases á medias
 y unas palabras por otras.
 El general, que es tan bueno,
 se rió de mi congoja,
 Y—adios, me dijo, amiguito,
 solo una vez se perdona.

Todos al punto rodearon
 al oficial, y amistosas
 pruebas de cariño fueron
 palabras consoladoras.